

BAJO LA INDULGENTE MIRADA OCCIDENTAL¹

Cómo nos intrigaban a nosotros, compañeros de residencia de la Universidad Estatal de Moscú, los estudiantes occidentales que llegaban con los programas de intercambio de aquel periodo a comienzos de la década de 1980. Muchos llegaban esperando encontrar tanques por las calles y patrullas policiales acompañadas de fieros perros. En cambio, se encontraron con la muy segura, aunque incomprensiblemente desparramada, capital imperial de la Unión Soviética; se mostraban impresionados de poder comprar champú soviético o bolígrafos que nosotros, francamente, habríamos preferido cambiarles por los Bic que ellos llevaban, infinitamente más elegantes y duraderos. Y cuando estaban a punto de acabar su prolongado año de estancia en nuestros fríos climas, estas exóticas aunque sinceras criaturas acababan infaliblemente lamentándose: «Cómo detesto la idea de volver a Princeton (Oxford, Tokio, Upsala)». Se habían enganchado.

Pero ¿de qué? ¿Qué fascinación podían suscitar los abueletes estalinistas con sus brazaletes rojos, los celosos controles a la entrada de la universidad o las gachas de trigo pasadas y el estrogonof pegajoso de la cafetería de estudiantes? Es cierto, hacíamos gala de una enorme creatividad en cuanto a los abundantes pequeños trucos que teníamos que hacer para jugársela al sistema y navegar por sus irracionales intersticios. No se podía simplemente entrar en la librería o en la biblioteca del campus, como en Princeton, y coger lo que se deseaba leer. Los buenos libros no se hallaban inmediatamente disponibles; o existía un exceso de demanda o eran «ideológicamente sospechosos» o las dos cosas a la vez. Comprar un libro de Fernand Braudel implicaba acampar fuera de la tienda mucho antes de que ésta abriera sus puertas y gracias al soplo de algún amigo con conexiones editoriales; una vez en ella, uno tenía que abalanzarse sobre la ganga haciéndose no ya con un solo libro, sino con todo el paquete, para los amigos de la residencia o como moneda de cambio; para cambiarlos, pongamos por caso, por Ray Bradbury. (Conseguí la copia que tengo de *Los condenados*

¹ Andrew MEIER, *Black Earth. A Journe Through Russia After the Fall*, Nueva York y Londres, W. W. Norton, 2003.

de la tierra a cambio de un viejo *Playboy*.) Uno podía también hacerse amigo de una joven librera en Spetskhran, el fondo «especial» de acceso restringido con volúmenes extranjeros, y rogarle que te prestara por una noche algo ilícito, como la *New Left Review*, para poder leerla hasta el amanecer. También es cierto que siempre que nos reuníamos, en las cocinas o en el hueco de la escalera, nos pasábamos los cigarrillos, bebíamos y charlábamos de todo lo que escapaba a la ideología oficial: desde *Amarcord* de Fellini y la *New Class* de Djilas hasta Pink Floyd y la revolución sexual. Volviendo hacia atrás la mirada, se puede decir que vivimos, jóvenes traficantes intelectuales, momentos de una gran intensidad; especialmente cuando el sistema soviético se hizo demasiado esclerótico como para pillarnos y la fascinación adolescente por romper las reglas se había convertido en algo habitualmente seguro.

Durante la *perestroika*, el encuentro con una pareja de terapeutas clínicos californianos que formaban equipo nos ayudó a comprender por qué los jóvenes y entusiastas de lo eslavo nos parecían tan terriblemente serios. Esta próspera pareja formaba parte de la multicolor dotación de misioneros que —con la mayor seriedad, por supuesto— pretendía ayudar a mejorar la Rusia recién liberada a imagen y semejanza del propio Estados Unidos. Habían venido a predicar las bondades de una técnica en boga conocida como programación neurolingüística, que introducía la identificación y evaluación de los mecanismos psicológicos de defensa del interlocutor antes de que el terapeuta pudiera establecer un diagnóstico. Estos mecanismos, que abarcaban comportamientos como las bromas, las expresiones faciales, el lenguaje corporal y el movimiento ocular, eran —como me explicaban a mí, que era su intérprete durante la última tarde que pasamos juntos— propios de cualquier ser humano socialmente competente y servían para ocultar lo que cada cual considerara que debía reservarse para sí mismo. Un adulto «normal» disponía aproximadamente de ocho dispositivos inconscientes de este tipo, que podía ir alternando; un sujeto con una personalidad introvertida podía emplear una docena; por encima de veinte, la situación era claramente alarmante. En el coche viniendo del aeropuerto y durante nuestra primera cena, los californianos habían detectado veintisiete mecanismos defensivos en mi comportamiento; a la mañana siguiente, durante el desayuno, detectaron alguno más. En pocos días, se dieron cuenta de que nosotros, los autóctonos, poseíamos docenas de trucos prerracionales a los que acudíamos habitualmente en nuestras interacciones con extraños al tiempo que nos mostrábamos educados e intelectualmente involucrados en la conversación, aunque quizá demasiado cínicos para el gusto estadounidense. Sus modelos, tal y como comprendieron a raíz de este hecho, no respondían a una norma humana abstracta, sino al baremo medio vigente en Orange County, que era de donde provenían. Los jóvenes soviéticos urbanos ejercitaban, como promedio, un dispositivo de aislamiento tres veces superior.

Sin embargo, estas capas aislantes variaban, como la vestimenta, según la situación; su grosor dependía del contexto en el que se produjera la interacción. En las colas infinitas o en las reuniones oficiales, los terapeutas pudieron llegar a observar más rasgos del comportamiento defensivo soviético: podíamos adoptar una actitud de charla supercínica o, por el contrario, un profundo estado de trance autoinducido que, para nosotros, era un simple adormecimiento con los ojos abiertos. Sin embargo, el caparazón podía ser mucho más fino, entonces, los chasquidos y las chispas producidas por la conexión humana podían saltar en todas direcciones. En los círculos amistosos formales y con amigos de amigos –con personas similares, a las que se alude de forma condensada como *use svoi*, «todos los nuestros»–, las defensas podían desaparecer por completo; en estos casos, fluía libremente lo que Saint-Exupéry, un autor de culto de la generación soviética cultivada de las décadas de 1960 y 1970, denominaba la «suntuosidad de la interacción humana». Y eso era, a buen seguro, lo que enganchaba a tantos occidentales. Un profesor visitante de Berkeley –de dónde si no– lo expresó de forma sucinta, aunque quizá de un modo excesivamente radical: «Estados Unidos es un desierto emocional».

La diversidad emocional y la intensidad experiencial seguramente proporcionan una explicación más satisfactoria que las meditaciones eslavóforas en torno al sentido profundo de por qué, generación tras generación, Rusia continúa fascinando a los occidentales. Reputados sociólogos tales como Goffman, Collins y Stinchcombe podrían ayudarnos a entender no sólo la naturaleza de esta atracción, sino también sus orígenes: la persistente infrainstitucionalización de la vida rusa. A pesar de haber dejado de ser una comunidad [*Gemeinschaft*], unida y determinada por las tradiciones –posiblemente a excepción de lugares como Chechenia–, Rusia, desde los tiempos de Pedro el Grande y de forma recurrente, se ha quedado invariablemente corta en lo que respecta la *Gesellschaft* capitalista, según la cual, al menos en teoría, una racionalidad fría y formal debería gobernar el grueso de la interacción humana. En la Unión Soviética, de acuerdo con un viejo chiste, el problema podría solucionarse de un mazazo y con un puñado de vigorosas palabrotas. El motivo de que no pudiera ser de otro modo se debía a que Rusia, a lo largo de buena parte de su historia, había quedado suspendida en una suerte de transición: «algo» que nunca llegó a consumarse, que constantemente trataba de ponerse a la altura de Occidente o se quedaba rezagado. Esto explica, a su vez, otra de las ventajas de las que disfrutaban los visitantes occidentales durante la década de 1980: el lisonjero marchamo a su *status* personal en un país en el que todas las cosas occidentales despertaban una gran curiosidad al ser consideradas deseables y exóticas aunque inasequibles y, a menudo, prohibidas. Por último, uno podía experimentar otra emoción estimulante durante los últimos años de la Unión Soviética, algo que Bakunin, en su descripción del París de 1848, llamó la embriaguez de la revolución. El rugido subterráneo del terre-

moto que se avecinaba se dejó sentir en todas partes; sin embargo, cuando llegó el momento del entierro de la Unión Soviética, dejó tras de sí un montón de escombros.

Andrew Meier es uno de esos eslavistas occidentales que habiendo llegado a la Unión Soviética en sus últimos años se enganchó y se quedó en Rusia el tiempo suficiente como para no seguir siendo la misma persona; no obstante, también logró ir mucho más allá de la primera impresión de exuberancia que despierta la iniciación en la vida rusa. Acabó siendo contratado como corresponsal de la revista *Time* en Moscú; su libro *Black Earth* es, en parte, un relato de las experiencias que sus editores en Washington no quisieron dar curso. A pesar de que la obra de Meier ha sido comparada con *Lenin's Tomb* (1993) y *Resurrection* (1997) de David Remnick –ambos autores han producido cuadros abrumadores y complejos, auténticas enciclopedias de la Rusia poscomunista, envasados junto a evocadores minirretratos y personajes caracterizados de un modo pintoresco–, lo cierto es que estos autores nos muestran países bastante diferentes. Allí donde Remnick vio «resurrección», la masa nebulosa de algo nuevo y prometedor –algo que le valió la acusación de apologeta clintoniano de las «reformas» de Yeltsin–, Meier bosqueja un paisaje mucho más lóbrego de un inmenso país que lucha para ponerse a la altura y encontrar su lugar en el mundo; en definitiva, Rusia, para variar.

El título de la obra de Meier proviene de Mandelstam²:

Cuán gustoso es el graso humus a la reja del arado.
 ¡Cuán silenciosa la estepa en su resurgir de abril!
 Te deseo lo mejor, tierra negra: sé firme, sagaz...
 Un silencio de voz negra trabaja³.

Empapado en la literatura del país, su aportación es quizá la más poética, en tonalidad y composición, de toda la reciente cosecha de propuestas periodísticas en torno al giro postsocialista; en este sentido, cabe conectarla a *Las almas muertas* de Gógol o incluso al *Viaje de San Petesburgo a Moscú* de Radíshchev. El viaje que Chéjov realizó en 1890 a la isla Sajalin para informar sobre la crisis de los *katorzhane*, los trabaja-

² Osip Mandelstam (1891-1938), poeta y crítico literario ruso, nacido en Varsovia, fue el principal representante, junto con la poetisa Anna Ajmátova, del movimiento acmeísta, a comienzos del siglo xx. Esta tendencia artística se caracterizaba por defender, en contraste con el simbolismo, la precisión y la concisión en la poesía. Aunque se opuso a la revolución bolchevique, Mandelstam permaneció en la Unión Soviética y escribió poesía hasta 1925. La mayor parte de sus escritos no pudieron publicarse durante el periodo estalinista (1929-1953). Produjo solamente dos libros de poemas, *La piedra* (1913) y *Tristia* (1922), además de unas pocas traducciones, ensayos y novelas. Fue arrestado en 1934 por un poema satírico en el que criticaba a Stalin y deportado a un pueblo de los Urales. Más tarde consiguió que lo trasladaran a Voronezh, y por fin pudo regresar a Moscú en 1937. Al año siguiente fue arrestado de nuevo y conducido, al parecer, a un campo de trabajo en Vladivostok (Siberia), y nunca más se supo de él [N. de la T.].

³ Traducción propia [N. de la T.].

dores encadenados en las colonias penales zaristas, es una de las numerosas y densas hebras que conectan el pasado de Rusia con su presente⁴. Meier se diferencia, así mismo, de otros cronistas occidentales como Chrystia Freeland o David Hoffman debido a su negativa a remitirse únicamente a la nueva o renovada clase dirigente que frecuenta los palacios, las oficinas, los salones, los centros comerciales y las salas de fiestas moscovitas, una clase que ha protagonizado demasiados de los reportajes que han hecho muchos de sus colegas acerca de la «transición» rusa a lo largo de la última década.

Por el contrario, Meier dirige su mirada más allá de Moscú y por debajo del nivel de los *nouveaux riches*, hacia lo que considera los rusos y algunos chechenos comunes de provincias. En este sentido, la obra de Meier podría ser considerada como continuadora de la tradición del realismo crítico de los *narodniki*⁵, que abandonaron la capital para vagar entre el «pueblo», poniendo en el centro de su discurso las difíciles condiciones de vida del mismo y rescatando ejemplos de dignidad humana de «el lodo, el hedor y la violencia» de la existencia común; un linaje literario e intelectual prácticamente extinto entre los propios rusos. Nos hallamos, en un sentido totalmente literal, ante una visión pedestre de la realidad, visión en ocasiones fresca y en algunos aspectos frustrante; en todos estos años en los que Meier vivió en Rusia nunca llegó a adquirir un coche, hacía autostop —«votaba», como se suele decir— con el fin de compartir al volante vida y conversación con sus fortuitos benefactores. Se trata, en sus propias palabras, de una elección de orden moral: permanecer al lado de la gente, experimentar la Rusia común y la enormidad de sus distancias.

⁴ Chéjov proporciona un amplio repaso de las comunidades rusas que habitaban la isla. El texto combina la narración de viajes, fragmentos de conversación y conversaciones detalladas con datos demográficos. En los tiempos de Chéjov había aproximadamente 10.000 convictos y exiliados en la isla, además de otros habitantes autóctonos. Existían tres categorías de residentes: los prisioneros, en su mayoría confinados en el mayor asentamiento; los exilados, que habían cumplido su sentencia pero debían permanecer en Sajalin, y los campesinos en el exilio, que podían abandonar Sajalin pero tenían que permanecer en Siberia. Chéjov describe de un modo elocuente la pobreza y las terribles condiciones en esta inhóspita tierra [N. de la T.].

⁵ En 1919, el Partido Social Revolucionario celebró su VIII Congreso. En aquella época los bolcheviques y los mencheviques formaban un partido único. Por su parte, los *narodniki* (populistas, del pueblo), precursores del partido de los socialrevolucionarios, sostenían que la clase obrera en Rusia no tenía ninguna posibilidad de desarrollo, ya que no se podía prever un aumento del número de fábricas y talleres. Los socialdemócratas marxistas, por el contrario, opinaban que en Rusia, como el resto de los países, la clase obrera sería, una vez desarrollada, el elemento revolucionario primordial. Los *narodniki*, intelectuales plebeyos, que habían roto con la nobleza, la burocracia y el clero, cuando miraron a su alrededor buscando un punto de apoyo en la sociedad, no se sintieron atraídos ni por la inculta, atrasada y subdesarrollada burguesía ni por el proletariado que estaba todavía en su infancia, desorganizado, no instruido políticamente y pequeño en número, particularmente al compararlo con los millones de campesinos que componían la muda, oprimida y aplastante mayoría de la sociedad rusa [N. de la T.].

Así pues, *Black Earth* constituye un documento de viaje de proporciones épicas. Aunque comienza y termina en Moscú, el centro en todos los sentidos, Meier nos lleva a todos los puntos que señala la brújula. Al norte de Norilsk, navegando lentamente a lo largo del gran río siberiano Yenisei, donde las montañas se convierten en llanuras y, más adelante, en tundra; pasando por los complejos, sepultados entre las rocas, de la era nuclear soviética, por el lugar donde Stalin se exiló en la década de 1910, por los restos de los campos de prisión. La actual ciudad minera del Círculo Ártico, en el pasado dirigida por el Gulag, está controlada por el complejo industrial-financiero del multimillonario Vladimir Potanin, que en poco menos de una década pasó de ser un joven y conspicuo funcionario del Ministerio de Comercio Exterior a incorporarse al estrecho círculo criminal de los rusos superricos. Potanin adquirió el suficiente número de acciones, por valor de 170 millones de dólares —una fracción mínima de su auténtico valor—, como para asegurarse el control de Norilsk Nickel en una subasta que el gobierno apañó a su favor como premio a sus donaciones vitales a la campaña presidencial de Yeltsin en 1996. Al igual que otros oligarcas, Potanin se dedica fundamentalmente a mantener su inmensa fortuna fuera del país a resguardo de sus socios, accionistas y recaudadores de impuestos y, por supuesto, de sus empleados. Los trabajadores, no obstante, ganan cerca de 700 dólares al mes —un salario envidiable si tenemos en cuenta el promedio de los salarios en Rusia—, gracias al cual soportan el paisaje de devastación industrial de Norilsk, las temperaturas heladoras y el aislamiento de las oscuras noches árticas durante largos meses. Lo que le sucede a la población prescindible —niños, pensionistas o trabajadores cuyos empleos han sido considerados redundantes por los nuevos gestores— es otra historia.

Al este, desde Vladivostok y Ussuriysk, justo al norte de la frontera de la República Popular China —donde Meier encuentra un mercadillo chino, entre contenedores de buques comerciales convertidos en un auténtico pueblo, y puestos desbordados con copias falsas de marcas occidentales—, llegamos al clima espantoso y a las malhumoradas prostitutas de Sajalin, cuyo extremo sur, a pesar de formar un estrecho corredor, se halla a un océano de distancia, social y económicamente hablando, con respecto a Japón. El espectáculo de anomia, depresión económica, corrupción reinante y crimen organizado no se aleja demasiado del que puede igualmente contemplarse haciendo un recorrido de menos de quince minutos en un tren de cercanías saliendo de Moscú en cualquier dirección; sin embargo, su reputación de Islas del Diablo de Alejandro II hace inevitablemente de Sajalin un lugar mucho más exótico. Meier logra seguir el rastro de los descendientes de los *katorzhane*⁶, orgulloso de encontrar

⁶ Los *katorzhane* fueron encarcelados por el antiguo régimen zarista durante largos años en las prisiones de Siberia y liberados durante la Revolución de Octubre. Desde entonces se sumaron a la lucha. Uno de los más prominentes, Barmash, fue sentenciado a muerte por el zar, escapó a la ejecución y, más tarde, jugó un papel destacado en los acontecimientos de octubre [N. de la T.].

sus apellidos en la larga base de datos de Chéjov –que archivó 7.500 fichas con información–, algo que hoy en día sería considerado como «violaciones de los derechos humanos».

Al oeste, viajando en el tren de medianoche, nos guía en dirección hacia la húmeda y decrepita «capital del norte», donde Meier, inevitablemente, conjura los fantasmas literarios, además de al infame padrino manco del mundo postsoviético, Vladimir Kumarin, que perdió su miembro no en Afganistán, tal y como se rumorea en la alta sociedad, sino en el transcurso de las guerras de la mafia que devastaron el paisaje políticamente fracturado y violento de Petersburgo durante la década de 1990. Finalmente, nos dirigimos hacia el sur, hacia Chechenia, que ocupa un lugar especial en el diario de viaje de Meier, y por un buen motivo. La «Zona», tal y como la llaman de un modo casi supersticioso los de la región, es un lugar aparte. Meier acude por su cuenta para investigar los asesinatos de muchos ancianos civiles chechenos en el pueblo de Aldy, poco después de que éste fuera tomado por las fuerzas armadas rusas en febrero de 2000.

Para cualquiera que haya tenido ocasión de seguir la tragedia de este diminuto país del Cáucaso, el cuadro le parecerá de sobra conocido. De un lado están los chechenos, en su mayoría luchando por sobrevivir en «el último rincón del infierno», que es en lo que se ha convertido su tierra; algunos, por no decir muchos, han estado colaborando –por motivos ideológicos, familiares o pecuniarios, o simplemente por miedo– con los hombres armados, entre ellos el célebre Shamil Basáyev, que se hacen pasar por luchadores de la resistencia, terroristas, *yibadíes* islámicos o bandidos y señores de la guerra. Del otro lado están las tropas rusas, enfrentadas a la falta de prácticamente todo lo que se podría esperar de cualquier ejército moderno: disciplina, una orientación clara en las órdenes, suministros regulares, perspectivas de promoción, habilidades profesionales o incluso camaradería. Este ejército ni siquiera posee un compromiso ideológico claro, más allá de una ira irrefrenable proveniente de la humillación que viene sufriendo la antigua superpotencia soviética. Cuando las tropas se enfadan –quizá por cualquier motivo– o se sienten amenazadas y frustradas por la acción de algún francotirador checheno oculto, sin ningún temor a sufrir represalias por parte de sus superiores, comenten atropellos de la magnitud de los que tuvieron lugar en Aldy.

Meier tiene tendencia a acudir a explicaciones excesivamente psicológicas para un gusto sociológico, pero en este caso puede que esté en lo cierto. Probablemente, los asesinatos no formaban parte de ningún plan ruso. Fueron el producto de la brutalidad de esta indefinida guerra, carente de objetivos y estrategias claras, en la que el débil Estado ruso prefiere encubrir las «indulgencias» y violencias criminales que lleva a cabo su soldadesca infrapagada y abatida, ya que, de otro modo, nadie lucharía contra los separatistas chechenos, y Moscú se niega a pensar cómo abor-

dar este problema en otros términos. El implosionado Estado postsoviético está tan institucional y moralmente debilitado que puede que el decadente núcleo formado por el ejército sea lo último que le queda.

No obstante, existe un aspecto aún más siniestro. En San Petersburgo, Meier localiza al comandante de la unidad de la Policía Especial que estaba al mando cuando se perpetró la masacre de Aldy. El oficial al mando accede a entrevistarse con el periodista estadounidense y –de acuerdo con la táctica habitual– admite lo evidente, que el pueblo estaba situado dentro del «área de competencia» de su unidad con el propósito de negar las acusaciones y declarar su completa ignorancia con respecto a los crímenes. Por el motivo que fuera, el oficial invita a Meier a almorzar e incluso le presenta a su esposa, que al igual que muchas otras esposas de soldados trabaja también para la Policía Especial. A medida que transcurre la conversación, sin que medie una confesión directa, emerge la verdad: sí, estuvieron allí y ¿quién lo habría hecho, si no? Por supuesto, el oficial sabe lo que pasó. Pero no se arrepiente de ello. Quizá porque está enfadado, tiene el enfado profesional del hombre uniformado, para el cual el Estado represivo no constituye simplemente un empleo, sino una identidad social. Está enfadado porque la policía está infrapagada, como el resto de los funcionarios en Rusia, incluso aquellos que podrían arreglárselas para tener otra fuente de ingresos. Sin embargo, en un nivel existencial más profundo está permanentemente enfadado debido a que la gente ya no demuestra el suficiente temor y respeto hacia el personal uniformado y hacia el papel especial que él desempeña en la vida. Éste parece ser un sentimiento común entre los seguidores más activos de la vuelta a la «normalidad» proclamada por Putin.

Como en toda verdadera épica, *Black Earth* no sólo recoge la experiencia de la guerra, sino también la búsqueda y el descubrimiento; el heroísmo; el amor en un entorno hostil (una diminuta piedra preciosa: un funcionario de prisiones del Gulag se promete a una reclusa y espera a que ésta salga en libertad); la sospecha horrenda, sin posibilidad de resolución (un general soviético, prisionero de los alemanes a comienzos de la guerra, más tarde es acusado por el NKVD⁷ de unirse a los escuadrones de ejecución nazis); relatos de supervivencia, durante los tiempos de Stalin y en la actualidad; ironía y humor amargo; e incluso sexo histórico-literario, en el estilo de una descripción curiosamente equina que hace Chéjov –escrita sobre papel color lavanda por su elegante y diminuta mano y dirigida a su editor, Suvorin– sobre su encuentro con una muchacha japonesa en un burdel de Sajalin: «Durante el acto da muestras de una maestría tan sublime que te hace sentir ya no como un cliente sino como un jinete en una lección ecuestre de la mejor escuela». (La carta había sido escondida por los documentalistas soviéticos como un afrenta potencial

⁷ Norodnyĭ Kommissariat Vnuetrennikh Del, Comisariado del Pueblo para Asuntos del Interior [N. de la T.].

al honor de la gran tradición clásica de la nación.) La tonalidad principal de *Black Earth*, no obstante —y en este sentido no se aleja demasiado de otras muchas obras occidentales—, es la de una tragedia abrumadora, la tragedia de un país arruinado y un pueblo engañado que se enfrenta a su destino con estoicismo porque ¿qué otra cosa le queda?

El libro presenta un sorprendente mosaico de la Rusia contemporánea, plagado de personajes que van desde los intelectuales disidentes hasta los trabajadores y los estudiantes depauperados, los magnates, los policías y los timadores; Putin aparece al final, poco favorecido, tal y como suele suceder con este antiguo agente secreto; el último enigma ruso. Sin embargo, el autor apenas trata de establecer vínculos causales entre las numerosas facetas de este vasto cuadro. A lo sumo, Meier retoma una y otra vez el debate sobre cómo los rusos —a diferencia de los alemanes occidentales después de 1945— han fracasado a la hora de arrepentirse de su pasado autoritario, en el que evidentemente el autor sitúa la causa de sus problemas y miserias. Uno se siente tentado de preguntar: ¿qué hay de la oculta historia autoritaria de Japón y su relación con las dinámicas de la economía de posguerra? Es aquí, sin duda alguna, donde reside el motivo que explicaría que *Black Earth* pudiera ganarse la admiración de Brzezinski y Conquest en la contraportada: los dos autores de referencia cuando se trata de afirmar que Rusia es totalitaria por naturaleza. Visto desde Rusia, especialmente desde su clase dirigente, los editores podrían haber hallado voces más autorizadas para realizar condenas morales sobre el pasado del país.

Siguiendo el aforismo del mayor Makarov, el infame instructor de la División de Formación Militar de la Universidad Estatal de Moscú —«Nuestra propaganda soviética no deja ninguna pregunta sin respuesta, ni siquiera las preguntas retóricas—, me voy a permitir la licencia de ofrecer otra explicación, aunque sea brevemente. Meier advierte correctamente una suerte de carencia trágica, quizá incluso una ausencia de integridad en la transformación rusa. Sin embargo, no logra advertir que la incoherencia no reside en la moralidad social, sino en la economía política y en las instituciones políticas. Su origen no es psicológico, sino que se debe al truncamiento de la secuencia revolucionaria rusa. Después de todo, ése es el precio a pagar por evitar una revolución completa.

El estalinismo fue una variedad especialmente brutal, despótica y militarista de lo que, en la generación anterior, Chalmers Johnson —refiriéndose al Japón moderno— denominó el Estado desarrollista. Su estrategia consistió en concentrar el control de los recursos económicos en manos de una burocracia central; el populacho sería tratado como una subespecie de activo, ya fuera como fuerza de trabajo o como reclutamiento militar; todas estas fuerzas podrían haberse dirigido hacia el objetivo de ponerse a la altura de los países capitalistas avanzados. El nombre de Bismarck está fuertemente asociado a la estrategia represiva, a pesar de que su linaje podría remontarse a hombres de Estado absolutistas como Colbert o

como Pedro el Grande por ejemplo. El tinte ideológico del régimen soviético, combinado con el clima de la Guerra Fría, previno que los pensadores, tanto de izquierdas como de derechas, lo identificaran como una variedad específica de Estado desarrollista ultraburocrático, cuyos objetivos y medios estratégicos estaban directamente integrados en el espectro de las reacciones contemporáneas frente colapso geopolítico y económico verificado en el núcleo del sistema-mundo entre 1914 y 1945.

El pináculo del desarrollismo soviético fue su victoria en 1945. Durante la guerra, la Unión Soviética había producido tanques a un ritmo casi tres veces superior al del conjunto del Reich nazi (a pesar de que Moscú había estado rogando en vano a los alemanes, en una fecha tan tardía como 1929, para que éstos le revelaran los secretos de su tecnología acorazada, enfrentándose por ello a las críticas de Versalles). La economía soviética continuó creciendo a un nivel impresionante prácticamente durante dos décadas y finalmente, bajo Krushev, la población comenzó a ver los frutos; desde finales de la década de 1960, no obstante, la economía empezó a decaer de forma paulatina. Breznev, al que habitualmente se acusa de inmovilismo, no fue la causa sino simplemente un síntoma. Vladimir Popov ha sugerido una formulación teórica elegante que vincula la fuerza y la debilidad de la economía planificada a las diferentes fases de su ciclo de vida material. Con el apoyo de las instituciones estatales necesarias, dicha economía, en una situación normal, debería ser más exitosa a la hora de alcanzar los objetivos de producción masiva de mercancías a corto y medio plazo —un requisito para impulsar una rápida industrialización y ganar guerras— que los mercados capitalistas. Sin embargo, la eficacia de este tipo de aparato económico decae rápidamente después de treinta años aproximadamente, momento en el que, de acuerdo con las estimaciones de Popov, la amortización de más de la mitad de los activos industriales ha de ser sustituida. Las economías planificadas de corte soviético carecen tanto de los mecanismos organizativos y legales adecuados como de la justificación ideológica necesaria para realizar dicha tarea. Sencillamente, reestructurar o cerrar una fábrica obsoleta que en el pasado hubiera sido el orgullo del Primer Plan Quinquenal, o garantizar que ésta proporcionara recursos —como en Norilsk— a toda una ciudad, habría sido imposible.

El aparato de corte soviético incurrió en otra contradicción: la tendencia inherente entre los funcionarios de nivel medio a parcelar sus competencias en dominios particulares. El gobierno central, en ausencia de periódicos independientes, elecciones competitivas o mercados que regularan los precios, carecía de los mecanismos necesarios para controlar a sus propios subordinados en la Administración, a excepción de cuando periódicamente lanzaba campañas de propaganda o se apoyaba en los informes y la represión de la policía secreta. Con la muerte de Stalin y la salida forzada de Krushev, el partido soviético alcanzó su paraíso. El trabajo inhumano, propio de regímenes anteriores, tocó a su fin y las purgas mortales dejaron de constituir una amenaza. Se produjo también una mayor presión por parte de especialistas y trabajadores soviéticos formados que, durante la

década de 1960, comenzaron a aglutinarse en un sustrato autoconsciente o, tal y como lo han denominado algunos ideólogos disidentes, en una «sociedad civil». El partido, temeroso de los efectos que podría tener reactivar el monstruo de la policía secreta, optó en cambio por ofrecer más salchichas y promover un disimulo hipócrita de la política pública. La base industrial acumulada con la ayuda de los petrodólares después de 1973 transformó la muerte del desarrollismo soviético en algo bastante cómodo.

Rusia ha pagado un elevado precio por la represión conservadora del movimiento reformista de la década de 1960. El ímpetu revolucionario después de 1989 fue lo suficientemente fuerte como para destruir el Estado comunista y elevar al poder a sujetos tan oportunistas y populistas como Yeltsin; sin embargo, no lo suficiente como para reformar las estructuras estatales y utilizarlas para gestionar la transición hacia los mercados capitalistas. A resultas de todo ello, el oportunismo y la codicia se extendieron como la pólvora por las hundidas instituciones soviéticas. El partido se apresuró a amortiguar su propio aterrizaje utilizando todo lo que estuviera a su alcance: fábricas, minas, comercios; o provincias enteras y repúblicas recientemente independientes. En este proceso, la burocracia en proceso de desintegración fue ayudada por un enjambre de diestros ajustadores. Los más afortunados tomaron lo que pudieron, se convirtieron en potentados por derecho propio y pasaron a recibir el apodo de oligarcas. Sin embargo, en el caos reinante, hundieron la posición económica y geopolítica hasta el punto de que Rusia, después de todos los sacrificios sufridos por las generaciones precedentes, retrocedió hasta ocupar una posición periférica en el mundo capitalista y aún se está haciendo a la idea de que en lugar de a la de la tierra prometida de Estados Unidos, la posición que ha conseguido se parece más a la de América Latina.

Afortunadamente Meier, al igual que las figuras literarias a las que tanto admira, es capaz de contener las contradicciones. El libro en sí mismo presenta evidencias suficientemente sólidas en contra de su tesis principal: si los rusos por lo menos hicieran frente a los males pasados del estalinismo, su presente y su futuro inmediato mejorarían. Difícilmente se puede acusar al historiador disidente Roy Medvedev o a los padres de Krichevski –uno de los tres jóvenes que cayó en agosto de 1991 luchando en contra del golpe de Estado reaccionario– de una ignorancia y falta de orientación semejante. Para ellos, las reformas políticas y de mercado de Yeltsin son un desastre, y aun así han aferrado sus esperanzas al autoritarismo de su ungido sucesor. Hay algo que no cuadra en el panorama dibujado por Meier, y su obra es mejor por este motivo. El cuadro trazado es verosímil en términos generales, a pesar de su rudimentario toque moralizante. Andrew Meier no es un simple eslavista que ama y conoce su objeto de estudio. También nos cuenta algo importante sobre el lado oscuro de la globalización contemporánea. Éstos me parecen motivos más que suficientes como para recomendar el libro.